



Foto de Daniel

SIMBOLO FALICO

Ella subió al autobús que circula desde la Avenida Reyes Católicos a las Fuentecillas. Era una chica falo, verdadero símbolo fálico que llevaba en la mano derecha un plátano abierto cual flor al estilo que cogen las amantes el falo, con el dedo anular seleccionando del móvil las noticias más interesantes; móvil colocado por encima de sus muslos en el cruce de sus piernas, y apoyado en el macuto que portaba.

Sus ojos estaban muy bien pintados al estilo de una Puta verbenera, que va los domingos a misa de doce a la Catedral.

Cuando se bajó la mascarilla negra para darle el primer bocado al plátano, mi pene erguido marchó cual pájaro lingam del dios Shiva hacia su boca. Ella sí que sabía comerse un plátano ;madre mía;

Su estilo de agarrar el plátano era propio de maestras del Arte de Sobar el miembro; al estilo de aquella novia que tuve yo, que era vaquera y ordeñaba los burros con salero; y las pezones de las vacas con maestría.

Tan sólo una vez me miró a los ojos bajándoles al instante hacia mi bragueta, que ya se hinchaba. De seguro que ella vio en mí esa estatuilla en terracota mochica que representa a un ser dotado de un gran pene por lo que resultaba semejante al mítico Kurupí de las creencias guaraní, que se encuentra en el Museo de La Plata, Buenos Aires, Argentina.

Después, se puso a mirar el móvil, tapándose la boca. De verdad, que me dolió el mordisco figurado que me dio en el glande, que para ella era del plátano.

Durante el trayecto, yo no la perdí ojo; figurándome que mi pene se adentraba en su cueva Hohle Fels, una cueva en el Jura de Suabia, Alemania, que tapaba el macuto que ella transportaba.

El mismo autobús tenía un sentido fálico con piel rugosa y con granitos. Era como una serpiente gorda con ruedas llena de fertilidad con escarabajos peloteros que viajaban sentados en sus asientos y algunas mantis religiosas de pie.

Cuando me bajé en la parada frente a la Farmacia Militar, iba yo con un flan en la bragueta, y una pena muy grande recordando a Priapo en ese su plátano que ahora sufría un nuevo y último bocado de la chica que, para mí, tenía que ser travestida. Ella ni me miró.

Caminando, me metí la mano al bolsillo, comenzando a moverme el pene al estilo del dios nórdico Freyr en el templo de Upsala, quien se divertía mucho con su órgano erguido. Yo me divertía porque se habían introducido unos pelos en el pellejillo que me molestaban; recordando al mismo tiempo que, el próximo domingo, tenía que ir a visitar con unos amigos el Monasterio de San Pedro de Cardena, donde se cuenta que existe el pene disecado del caballo del Cid al que los monjes adoran u adoraban.

El Cid no era como cuentan un tío erguido y valeroso, sino un enano cobrizo y fornido, feo y peludo; eso sí, dotado de manos poderosas y de un miembro viril tan largo que debía enroscárselo varias veces en torno a su cintura a modo de cinturón cuando no lo usaba contra las cristianas o moras.

Su falo prensil, que se introducía por ventanas y huecos de las casas, sin necesidad de entrar él por la puerta, enloquecía a las mujeres sin necesidad de verlo

En algunas ocasiones, se les escuchó decir:

-No hace falta el verlo; con tal de que entre en casa, basta.

-Daniel de Culla